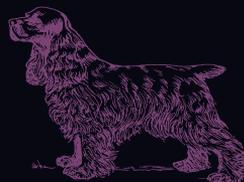
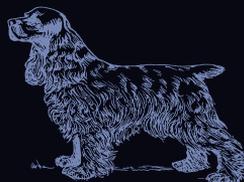
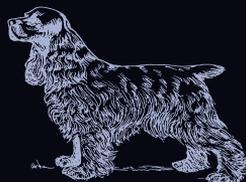
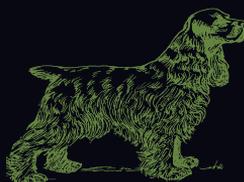
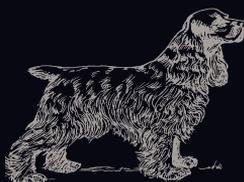
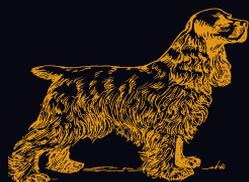


T O D A V Í A



T E N G O A L G O



Q U E D E C I R

TIERRA FIRME



FLORENCIA GÓMEZ GARCÍA

TIERRA FIRME

TODAVÍA TENGO ALGO QUE DECIR

FLORENCIA GÓMEZ GARCÍA

TODAVÍA TENGO
ALGO QUE DECIR



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 2025

Gómez García, Florencia

Todavía tengo algo que decir / Florencia Gómez García. -
1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fondo de Cultura
Económica, 2025.

197 p. ; 14 × 21 cm. - (Tierra Firme)

ISBN 978-987-719-590-3

1. Literatura Argentina. 2. Narrativa. I. Título.

CDD A860

Distribución mundial

D.R. © 2025, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.
Costa Rica 4568; C1414BSH Buenos Aires, Argentina
fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar
Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
Carretera Picacho Ajusco, 227; 14110 Ciudad de México
www.fondodeculturaeconomica.com

Armado de tapa: Juan Pablo Fernández
Diagramación de interior: Hernán Morfese
Corrección: Patricia Motto Rouco y Rosina Balboa
Edición al cuidado de Marina D'Eramo y Yanina Gómez Cernadas

ISBN: 978-987-719-590-3

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier
medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada
o modificada, en español o en cualquier otro idioma,
sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA
Hecho el depósito que marca la ley 11723

*Para cualquiera que alguna vez haya amado a un perro,
y para Eugenia, por la vez que peleamos.*

Si te murieras tú
y se murieran ellos
y me muriera yo
y el perro
qué limpieza.

IDEA VILARIÑO

10 de agosto

No se cómo se escribe un diario, tampoco estoy segura de que esto lo sea. Pero, de cualquier modo, creo conveniente para usted que está leyendo esto que explique quién soy y qué es lo que va a suceder a continuación. Me gustan las cosas claras y entendibles, nada de lenguajes extraños y complejos, no conmigo. No en mi diario. Mientras escribo, afuera hay una lluvia torrencial. El ruido de los árboles es ligeramente insoportable. Samuel duerme plácidamente. No son ni las nueve de la noche y ya está cerrando su día. Respira normal, sus orejas están normales. No lo despierta ni el motor del 158 que acaba de pasar. Sonó fuerte y espero, de todo corazón, que a nadie se le ocurra perturbar el sueño de este perro.

Cuando decidí empezar este estudio, digamos, esta investigación y por consiguiente este diario, no estaba muy convencida de que fuera a funcionar. Estaba tan convencida de que no iba a funcionar, de hecho, que no lo comenté hasta que obtuve algunas observaciones llamativas. Eran anotaciones desprolijas e inconclusas. Pensamientos que no tendría sentido que estuvieran aquí, son para mí y en mi privacidad quedarán.

No es que me diera vergüenza contar que había dejado mi trabajo en la oficina de Rentas para poder hacer un diario de Samuel. El motivo era peor: nadie me iba a creer. Todos sabían lo importante que era ese trabajo para mí. Había empezado de muy

chica y, contra todo pronóstico, fui ascendiendo en la cadena de responsabilidades y de maestranza, pasé a trabajar como recaudadora de primera instancia. Sería inútil explicarle a gente como usted, que seguramente nada tiene que ver con las agencias de rentas, cuál era mi trabajo ahí. Con que entienda que crecí mucho me basta para seguir con la historia. La despedida fue de lo más emotiva: algunos de mis compañeros organizaron una merienda a la canasta, lo que significa que cada uno lleva algo para comer y luego se comparte todo. Es una técnica que aprendieron de mí. Lo sé porque me lo han dicho. Hasta ese momento, los jóvenes no sabían el gran valor que a veces puede significar el compartir el plato de comida. Me gustaba enseñarles cosas, manteníamos buenas charlas. De todas maneras, nunca entenderé esa fascinación que el mundo tiene con la juventud.

La noche anterior a mi última jornada laboral había preparado una torta de ricota. En realidad, preparé dos. La primera la tiré porque no había quedado bien. En la agencia tenía un historial impoluto con las tortas de ricota y no podía permitirme que el último día se me recordara con una torta cachuza. La segunda me salió bárbara, como siempre. Me dio lástima tirar la primera, pero es que en verdad no me representaba.

Algunos llevaron sanguchitos y muchos de ellos eran de tomate y jamón, mis preferidos. Me gustan esos porque nunca se secan y puedo tenerlos varios días en la heladera. La hidratación que les da el tomate me parece sencillamente maravillosa. Hay quienes los prefieren de jamón y huevo y, aunque al momento del brindis se plantean como un buen plan, no poseen las cualidades necesarias para el paso del tiempo. En mi caso, eso es algo de lo más fundamental. Vivir sola me convirtió en una persona que sabe cuánto duran las cosas en buen estado en la heladera. Por ejemplo, si me preguntaran por el pollo, podría responder que si fue cocinado al horno podría durar entre dos y tres días, pero, en caso de que al tercer día el pollo no se terminara, habría que reciclarlo en forma de otra cosa. Soy

muy buena haciendo pollo en escabeche o mismo salsa de pollo para unos pocos fideos. No muchos, la salsa queda pesada y puede dar dolor de cabeza, hasta descompostura. Los fideos son, probablemente, los más traicioneros en su especie. Si bien duran cerca de tres días, ya al segundo es difícil reanimarlos. No agua, no aceite, no microondas. Hay pocas cosas de las que se puede estar segura en la vida como yo lo estoy cuando hablo de la relación entre el microondas y los fideos viejos. En líneas generales prefiero no usar el microondas para cocinar. Aunque a veces es práctico porque me permite hervir papa en pocos minutos y utilizar más hornallas para la preparación de otros pasos de la comida, como ser una carne o el arroz. Tampoco como tanta papa porque tiene mucho almidón. No me gusta el almidón. No es bueno. El microondas me quedó de la época en la que Rosa vivía conmigo. Conmigo y con Samuel. Rosa prefirió no llevárselo. De todos modos, no la extraño ni me acuerdo de ella cuando utilizo el microondas. Durante el día sí.

Esta entrada de diario se hizo más larga de lo que pensé. Pido disculpas. Propongo algo más corto para las siguientes, así no nos aburrimos ni usted ni yo.

Igual ¿qué importa? ¿Qué explico? Si hay cosas que me sobran en esta vida son el tiempo y las historias.

12 de agosto

Creo que la palabra que debí usar en la entrada anterior era "bitácora". Esto no será un diario. Pido disculpas, repito, prefiero las cosas claras y encuentro cierto placer en reconocer errores. Soy digna, me puedo equivocar. A veces sucede. Siga con su lectura, si así lo desea.

23 de agosto

Samuel durmió conmigo anoche y estuvo bastante inquieto: les ladró a unos vecinos que hacían un festejo en el balcón, lloró y rascó la puerta del baño para tomar agua del inodoro. Le abrí pero después volvió al cuarto. Salí detrás de él como una sonámbula que sigue a un perro. Cada uno se quedó un rato en su cucha. Él dio vueltas, se sentó y se paró varias veces. Fue al living y se terminó por dormir en el sillón.

Ahora son las siete de la mañana y en el noticiero muestran el incendio en el Amazonas. Me pregunto si la noche fatídica que tuvimos no habrá sido el resultado de alguna percepción especial de Samuel.

A ROSA la conocí en un circuito de spa revitalizante, al que iba una vez por mes. Me lo había recomendado la terapeuta de cuencos, a la que también iba una vez por mes. El circuito consistía en cinco postas en donde en un primer box una entraba a una cápsula de ozono. Una cápsula que te encierra el cuerpo y te lo hace transpirar por tramos de cinco minutos durante media hora. Nunca me quedé la media hora entera. Para que no me retaran, apenas se iba la chica que prendía la cápsula, yo salía y esperaba sentada en un banquito plástico que había al lado. A veces leía un libro o simplemente miraba la cápsula trabajar como si alguien estuviese metido en ella. No me gustaba la cápsula, porque sentía que mi cuerpo no me pertenecía, que no era mío. Por dentro podría haber estado moviendo las piernas y las manos como una marrana y por afuera nadie se hubiese enterado. Aunque dicho así entiendo que usted piense que eso no puede ser tan malo, pero no olvide la parte de la transpiración. Después de la cápsula, unos masajes con piedras calientes y, en la cara, unas cremas con olores a pasto y cosas del tipo natural. No tengo mucho contacto con la naturaleza, no creo que todos tengamos que tenerlo, pero reconozco que el olor a pasto que tengo en la cara cuando salgo del circuito reducido me hace sentir joven y fresca. Algo tendrán.

Rosa se estaba haciendo un masaje energético de piedras calientes en la espalda porque había tenido una semana estre-

sante. Se escuchaban las piedras tibias chocando entre sí. Suenan lindo, eso me gusta. Los masajes energéticos a mí no me vienen bien, tengo la piel muy delicada y mi dermatóloga, que trabaja con técnicas holísticas, me prohibió que me los hiciera. La gente no sabe que la piel es un órgano que hay que cuidar, pero yo lo sé y la cuido acorde. Rosa ahora también se la cuida, pero ese día se había dejado hacer el masaje energético y la punta de diamante. Excesos a los que no hay que exponerse sin información.

En los circuitos en general, somos siempre mujeres a las que nos gusta mimarnos, agasajarnos. Homenajearnos a nosotras mismas. Celebrar que somos mujeres libres y que podemos pagar nuestra libertad de piedras calientes. Siempre sucede que en algún momento en particular terminamos hablando entre nosotras mientras escuchamos el *tssss* de la cápsula de ozono. El circuito reducido termina siendo un club social en donde todas nos acompañamos y nos reímos. Un club de personas más o menos desconocidas que se hablan de box a box y que nunca se ven las caras. Los circuitos duran aproximadamente una hora y media y en ese tiempo terminamos teniendo bastante cercanía. Se nos suelta la lengua y eso es parte de la relajación. Las jóvenes cuentan de sus relaciones amorosas y sexuales, tal vez demasiado relajadas. De cualquier modo, todas opinamos. Cada vez que voy, empiezo de cero porque casi nunca somos las mismas. Ese día, cuando me tocó hablar a mí, les conté de Samuel. A la ucraniana que me estaba masajeando los pies le mostré una foto de Samuel comiendo Golo-Golo que tenía como fondo de pantalla y ella gritó, en un español bastante rústico, que Samuel era muy lindo. Después hablé de mi trabajo en la agencia de Rentas y una chica me preguntó si podría ayudarla a pagar una deuda que tenía desde hacía unos años. Siempre que digo que trabajo en Rentas, alguien me hace consultas al respecto. Al principio, ayudaba a cuanta persona me lo pidiera, pero mis compañeros me convencieron de que a las personas se las ayuda más explicándo-

les que las rentas hay que pagarlas como corresponde, en tiempo y forma. Así que a la que me pidió ayuda le dije que llamara al 0800 y que averiguara. Se hizo un silencio del que yo no pensaba hacerme cargo. El ritmo de la charla se suspendió en el aire como una pelota que gira en cámara lenta. Naturalmente, nadie tomaba la decisión de sacarnos del terreno farragoso de la incomodidad. Por suerte Rosa dio un gran paso y, hábil como pocas, tomó el control de la pelota imaginaria y de un golpe elegantísimo se reanudó el ritmo. Estaba segura de que era la primera vez que la escuchaba y, hasta ese momento, no sabía su nombre. Tenía algo interesante en su hablar y no quería que dejara de hacerlo nunca. Tenía, también, la voz aterciopelada como de una exalcohólica que ahora pregona la suavidad y la abstinencia. A Rosa me la imaginaba alta y morocha, con cejas pobladas y pómulos grandes, una cara filosa enmarcada por un flequillo irregular. Tal vez rulos. Algún problema de amígdalas supuse que tendría porque sonaba un poco trabada su respiración, pero no dejaba de ser dulce. Me gustaba mucho la elección de palabras para narrar un problema. Qué inteligente, qué elegante, pensé, mientras contaba cómo su pareja la había dejado en la calle esa misma mañana, usando palabras como “desatinado”. A veces pasa eso: la gente nueva trae palabras nuevas a tu vocabulario. Al día de hoy, puedo decir que de Rosa, además del microondas, me quedé con “el don de la ubicuidad” e “ingravidas”. Las uso cada vez que puedo. Son conceptos lo suficientemente finos como para darle un toque especial a cualquier cosa que una dice. Si tuviera que pensar su correspondencia en la comida diría que son como el kale: noble y elegante.

Cuando Rosa dejó de hablar del problema habitacional le pregunté si quería venir a vivir unos días a casa con Samuel y conmigo y dijo que sí.

Una vez terminado mi circuito la esperé envuelta en una toalla tibia en un banco de un mimbre pinchudo. Ella salió de

su box y nos dimos un gran abrazo. No nos habíamos visto las caras hasta ese momento y eso era lindo, nadie podría decir que a Rosa la había elegido por su belleza física.

Rosa no era nada parecida a lo que me había imaginado, a lo que sonaba su voz. Era grande como yo, bastante más corpulenta pero con una piel de bebé pocas veces vista. Las chicas en el circuito aplaudieron cada una en su cubículo y algunas se asomaron para ver el momento del abrazo. Nos tomamos un té en la zona de descanso y la masajista ucraniana vino a felicitarnos y nos sacó una foto con su teléfono para subirla a las redes sociales. Nosotras agradecemos y luego intercambiamos nuestros teléfonos.

13 de septiembre

Si alguien me pusiera una espada en el pecho y me hiciera elegir entre el perfume de la lluvia y el de las orejas de Samuel, preferiría la muerte. La cera dulce y la tormenta están ahora conviviendo frente a mí y planeo quedarme dormida.

Usted, querido lector, querida lectora, acaba de leer una de las tantas entradas que componen el diario de la protagonista de esta novela, y permítame sugerirle que no sea la única. Vamos, dé vuelta este libro y comience por el principio: nuestra protagonista, una mujer mayor que comparte sus días con su perro Samuel, verá su rutina alterada por completo tras conocer a Rosa en un circuito de spa revitalizante; juntas emprenderán un camino de autoconocimiento y delirios cotidianos por igual.

Mientras que la narradora renunciará a su trabajo para escribir una bitácora sobre Samuel, Rosa irrumpirá en su vida para darle vuelta el mundo: desde protagonizar una campaña publicitaria, hasta anotarse en un curso de poesía online y hacerse pasar por turistas en Rotterdam, ambas mujeres descubrirán a su tiempo la importancia del amor y la amistad. *Todavía tengo algo que decir* es una novela fresca y lúcida, inteligente. Con una prosa cargada de humor, sarcasmo y ternura, y una sensibilidad notable, Florencia Gómez García nos sumerge en una aventura “de lo cotidiano” y nos invita a descubrir lo maravilloso y extraordinario que puede ser a través de su mirada.

